

BOLETIN



ECLESIAÍSTICO

DEL

OBISPADO DE ASTORGA.

MOVIMIENTO DEL PERSONAL
DEL CLERO DURANTE EL ÚLTIMO MES DE
ENERO.

*Vacantes.*

El día 19 vacó el beneficio curado de San Pedro de Palacios, en el arciprestazgo de Vega y Páramo, por fallecimiento de D. Andrés Melendez, su último poseedor.

El día 24 id. el de S. Roman de Sanabria, por fallecimiento de D. Nicolás San Roman, que lo obtenia.

NOMBRAMIENTOS.

Ecónomos.

El día 12 se nombró ecónomo de Prianza del Bierzo, en el arciprestazgo de Ribera de Urbia, á D. Benito Silva, presbítero de San Andrés extra-muros de esta ciudad.

El 20 id. id. de San Pedro de Pala-

cios á D. Agustín Nistal, que habia desempeñado igual cargo en la misma parroquia.

El 26 id. id. de San Roman de Sanabria á D. Luis de Barrio, coadjutor de Rionegruto.

Coadjutores.

El día 1^o se nombró coadjutor *ad nutum* de Gavilanes, en el arciprestazgo de Orbigo, á D. Isidro del Riego, presbítero de Villoria.

El mismo día id. coadjutor de Villoria de Orbigo á D. Fr. Bernabé Ramirez, que lo era *ad nutum* de Gavilanes.

En id., id. id. de Requejo, anejo de Jares á D. Santos Perez, ecónomo que fué de dicha parroquia de Jares.

En id. id. id. de Baillo, anejo de Corporales de Cabrera á Don Antonio San Martín Jarrin, presbítero de Valdespino de Somoza.

El 12 id. id. *ad nutum* de Lucillo de Somoza á D. Antonio de Prada Sotillo, que lo era de Noceda del Bierzo.

En id. id. para la vacante que deja el anterior á D. Manuel de Barrio, que desempeñaba igual cargo en Lucillo.

EL CARDENAL ARZOBISPO

DE VALLADOLID,

al Clero y fieles de la Diócesis salud y paz en N. S. J. C.

Conclusion (1.)

Aleccionados todos por la experiencia y comprendiendo que esta unidad religiosa es un bien sin igual, de mucho mas valor que todos los demás bienes de la tierra, practiquen todo clase de gestiones para no dejársela arrebatar, y á fin de animarse á hacer nuevos y generosos esfuerzos repitan con el Profeta: «Bienaventurado llaman al pueblo que tiene sus arcas llenas de oro, que el faustoso lujo de sus hijas corresponde á sus grandes riquezas, que abunda de ganados, que rebosa de alegría en la plenitud de todos los bienes de la tierra; mas yo digo mejor: bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios.»

Beatum dixerunt populum cui hæc sunt; beatus populus, cujus Dominus Deus ejus. (Salm. 143 vers. 11 al 15.)

Así piensa la España culta é ilustrada y con el objeto de que nuestros diocesanos conserven en su corazón tan nobles y elevados sentimientos, les exhortamos con la mas tierna solicitud que se aparten de los seductores; que no concurren á oír sus pérfidos consejos; que no escuchen sus per-

(1) Véanse los números anteriores.

niciosas lecciones; que no se entreguen á la lectura de los periódicos irreligiosos; que vigilen con el mayor cuidado á sus hijos, no consintiendo que con el pretexto de enseñarles las letras, las ciencias y las artes, se les pervierta y corrompa en lo relativo á la moral y á la religion. No hay mayor ni mas espantosa desgracia para un padre, ni afliccion mas amarga para una madre que la de tener hijos descreídos ó inmorales. Son la deshonra de su nombre, la perturbacion y la ruina de toda la familia. Con el tiempo lo serán tambien de sus semejantes y de su patria. No es otro el fin que la propaganda irreligiosa se propone con sus libros, sus periódicos, sus escuelas y asociaciones.

Huid, volvemos á decir, amados Hijos, de los que procuran vuestra perdicion. La Iglesia cual amorosa madre, os lo ordena, teniendo fulminado el rayo de la excomunion contra los hereges, sus fautores, receptores y defensores, contra los que los creen, retienen ó leen sus libros en que tratan de religion, los imprimen y defienden. Si conservais todavia fé, temblad incurrir en tan terrible anatema, y si alguno de vosotros hubiere tenido la desgracia de haber incurrido en él, no quiera imitar á los impíos, que solo temen los dolores del cuerpo y las privaciones de los sentidos. Siga mas bien el ejemplo verdaderamente cristiano del poderoso y esclarecido Emperador Teodosio el grande, quien, como sabeis, al considerarse reo de la cruel carnicería de Tesalónica y separado de la comunión de los fieles y de la entrada

en el templo por el Obispo San Ambrosio, habla á su amigo Rufino, de esta suerte: «Tu no sientes, ó Rufino, mis males: yo solo me lamento y gimo sobre mi calamidad: las puertas del templo, considéralo bien, están abiertas á los siervos y á los mendigos y entran en la casa del Señor á bendecir y adorar su santo nombre: esta es una dicha que se me niega, esta es una felicidad de que me veo privado y para colmo de mis desventuras, hata las puertas del cielo se me cierran.» (Hist. Tripart. lib. 9. cap. 30.) Con estas palabras el afligido Emperador entre amarguisimos sollozos expresaba la pena que atormentaba su espíritu hasta que logró ser absuelto de la comunión.

El Señor que hace firmes á los justos y conoce los dias de los que son sin mancilla, os conceda V. H. y A. H. la herencia de ellos, que será eterna (Salm. 36 vers. 17 y 18) y de la que deseamos sea prenda segura la bendición que del fondo de nuestra alma os damos en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.—Valladolid 10 de Enero de 1869.—*Juan Ignacio Cardenal Moreno*, Arzobispo de Valladolid.—*Por mandado de Su Ema. Rma. el Cardenal Arzobispo mi Señor*, Dr. D. Cesáreo Rodrigo, Canónigo Secretario.

CARTA sobre el futuro Concilio ecuménico, dirigida por Monseñor el Obispo de Orleans al clero de su diócesis.

(Continuacion.)

IV.

VUELTA AL PASADO.

Suplico, sin embargo, á mis amigos y hermanos en la fé que no exageren. Es permitido estar triste en la hora actual, lo repito, y creeria poco noble al corazon que no se sintiera triste. Hijo del siglo XIX, los hombres de mi edad, habian hecho hermosos sueños; habiamos alimentado generosas esperanzas; vamos á morir desengañados. Nosotros no viviamos en el siglo XVI, no viviremos en el siglo XX; pero la Iglesia vivia ayer y vivirá mañana. Si yo tuviera que decir todo lo que espera, mis profecías no serian lúgubres; si la interrogára sobre sus recuerdos el tiempo presente ganaria en ser comparado con el pasado. Fijemos, en efecto, nuestra vista en los tiempos que ya no son: ¿veremos muchos siglos que no hayan tenido sus miserias y sus peligros? ¡Ah! Ante las desanimaciones de ciertos católicos, recuerdo esta sentencia de los libros sábios: *Ne dicas: Quid putas causæ est quod priora tempora meliora fuere quam nunc sunt? Stulta est enim hujuscemodi interrogatio.* No digas: ¿Por qué los tiempos antiguos eran mejores que los de hoy? Esa pregunta es insensata (1).

Leia nuevamente estos dias las bulas de convocacion de los antiguos Concilios de la edad media; los gemidos de los Papas por las desgracias de su época eran mayores que los que

(1) Eccl. VII, 11.

hoy podrian hacer oír los más asustados. Y para no pasar del Concilio de Trento en que la Iglesia nos habla de esos tiempos, porque en ellos existia, ¿qué veia entonces?

Un siglo bastante semejante al nuestro por los grandes descubrimientos, por la afición á las letras y el renacimiento de las artes; semejante tambien por el mal uso de esos dones. El siglo xvi poblaba la América, recientemente descubierta, se entregaba en ella á monstruosos excesos de avaricia y crueldad, é introdujo allí la vergüenza de la esclavitud. Recibia tesoros y los empleaba en la corrupción de costumbres. Si miramos sobre los tronos y en el seno de los pueblos, y hasta en la misma Iglesia, el espectáculo es tambien muy triste. Ese siglo vió á Enrique VIII, Isabel, Cristian II, Ivan el Terrible, los Médicis, Carlos IX y Enrique III. Ese siglo vió el saqueo de Roma y el sitio de París. Ese siglo vió á la pretendida reforma desgarrar la Iglesia, trastornar la Europa, dividir la cristiandad. Léanse las vidas de los grandes y santos personajes de aquel tiempo, de San Bartolomé de los Mártires, de San Carlos Borromeo, de San Francisco de Sales. ¿Qué revelaciones sobre los males de la Iglesia y de la sociedad! He recordado las bulas de los Papas de la edad media; léanse las de los Pontífices que convocaron el Concilio de Trento, y se verá si Adriano VI, Paulo III, Pio IV no lanzaban por los peligros de la república cristiana gritos mas alarmados que los de Pio IX. Relajaciones, desórdenes, escándalos, un clero mal formado, órdenes religiosas

relajadas; y despues los príncipes divididos, los pueblos pisoteados, la guerra to los los dias y en todos los paises. Y para no hablar más que del Concilio, reunido en tan tristes momentos, fué preciso reunirle en un pequeño pueblo oculto en las montañas del Tirol, esperar seis años la buena voluntad de los príncipes, suspenderle, reanudarle, y sufrir incesantes é injustos combates.

Pero ¡vanos obstáculos!; la virtud de la Iglesia triunfó de todo, y despues del Concilio, de repente, ¡qué espectáculo! ¡qué grandes obras y qué grandes hombres salidos precisamente del seno del Concilio y del soplo regenerador que hizo pasar sobre la sociedad cristiana! San Carlos Borromeo, San Felipe Neri, San Pedro de Alcántara, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, Santa Juana de Chantal, San Vicente de Paul, San Francisco de Borja y San Francisco Regis, herederos del espíritu de los San Ignacio y de los San Francisco Javier; despues, á continuación de los santos canonizados, los hombres apostólicos que regeneran los pueblos, el bienaventurado Pedro Fourier, el Cardenal de Berulle, M. Olier, M. Endes, M. Bourdoise, el abate de Rancé, y tantos otros; despues esas congregaciones múltiples, esas fecundas instituciones que hacen florecer de nuevo la vida clerical y la vida religiosa, y reaniman por todas partes el estudio, la regularidad, la caridad; todo ese movimiento regenerador, en fin, que trabaja la Iglesia; despues Bossuet, Fenelon, y la majestuosa unidad del siglo xvii. Y á

pesar de todos los ateismos que esa madre inmortal de los fieles ha tenido que franquear, la Iglesia tiene ahora templos en Jerusalem, libertad en Pekin y Constantinopla, gerarquía episcopal en Inglaterra y en los Países Bajos, Concilios en Baltimore, misioneros en Africa, en Oceanía y en el Japon; se regocija en el fondo del alma al ver en todos los lugares, á pesar de todo lo que aún desea la Iglesia y de todo lo que deplora, leyes más equitativas, ejércitos menos opresores, los pequeños mas protegidos, los pobres mejor asistidos, los esclavos libres. Cuando mira de frente á la pretendida reforma que se levantaba llena de audacia apoyada en la política del siglo xvi, la iglesia hoy la ve doctrinalmente desfalleciente, habiendo recorrido su cielo y gastado sus armas. Por el contrario, la Iglesia católica, de la que decian que no podian soportarse ya los abusos, se presenta con un Papa cuya eminente virtud obliga al respeto, con Obispos celosos, con sacerdotes piadosos, unidos, adictos, con órdenes sábias y virtuosas, templadas en la persecucion y la pobreza. Y cuando esta Iglesia quiere reunir un Concilio, le convoca en la misma Roma, con el auxilio de una inmensa publicidad, de caminos seguros, de trasportes rápidos y de facilidades de todo género, que debe al espíritu, á la equidad y á los recursos del tiempo presente.

Bien sabido es que no soy de los que cierran los ojos y se callan sobre los males de nuestra época y los peligros de las almas. Pero no quiero tampoco ser ingrato á los beneficios

de Dios, y no ver las facilidades que da al bien en los tiempos malos. No debe tampoco olvidarse que es deber en los hombres de todo tiempo el luchar, y que cada siglo tiene su tarea y su trabajo. Me quejo, pero no maldigo el tiempo presente; no desespero de los pueblos, y no arrojé mi anatema sobre los príncipes; no son omnipotentes, y tambien deben oontar con bastantes dificultades. Ruego, pues, por ellos como lo hace la Iglesia; y en cuanto le es posible á mi débil voz les advierto, y á todos, príncipes y pueblos, pido concurso leal y sincero para la grande obra de la Iglesia, que es la santificacion y la civilizacion del mundo.

Lo que á nosotros, hombres del tiempo presente debe darnos sobre todo motivo para gemir amargamente son estos tres males que han llegado hoy al estado agudo: la ruina de las creencias precipitada por la direccion impia de los estudios científicos y filosóficos; el desbordamiento de las costumbres acelerado por mil medios nuevos de propaganda corruptora; y por último, las desavenencias injustas que los enemigos de la religion se complacen en perpetuar entre la Iglesia y los pueblos modernos. Hé ahí las tres enfermedades que hay que curar, si Dios quiere.

Hay algunas personas para quienes estos tres males no son más que resaltados parciales, de lo que para ellas es, ahora como ántes, el mayor de los males; la revolucion. No me gusta esa palabra vaga, mal definida, que se levanta y crece á voluntad como un espectro; pero la verdad es que los

males de que hablo sostienen en el seno de las sociedades una division, un desprecio á Dios y á toda autoridad, una soberbia y un ódio que amenazan á las sociedades con la continua reproduccion de las revoluciones.

V.

EL AUXILIO OFRECIDO POR EL CONCILIO.

Por eso, señores, se conmueve la Iglesia, que es la amiga de las almas, y que nunca fué indiferente á los males de la sociedad. Sin duda que la Iglesia y la sociedad son distintas; pero marchan juntas en este mundo, y conteniendo en su seno á los mismos hombres, son necesariamente solidarias en sus peligros y dolores. Y la Iglesia quiere congregarse porque conoce que puede mucho para curar los males comunes.

En esto tambien cuidemos de no exagerar ni atenuar la verdad. ¿Depende de la Iglesia el curar todos los males humanos? No. Pero en ese gran trabajo, en ese rudo combate del bien contra el mal, la Iglesia tiene, y va á desempeñar, un gran papel. El hombre es libre y hace el bien libremente. Pero es asistido por la gracia divina, que le ayuda sin perjudicar á su libertad; porque, como decia el gran Papa San Celestino: *Auxilio Dei liberum arbitrium non anfertur; sed liberatur.* La Iglesia, depositaria de los bienes celestiales, es la divina asistente del hombre, y le presta, aun en el órden temporal, sobrenatural asistencia. Y si hoy se congrega y se recoge es, lo repito, para cumplir mejor su tarea, y trabajar con más

eficacia y poder en el bien de la humanidad.

«Nadie puede dudar, exclama el Padre Santo, que la doctrina de la Iglesia católica no sólo puede servir para la salvacion eterna de los hombres, sino tambien para el bien temporal de las sociedades, para su verdadera prosperidad, buen órden y tranquilidad: *Nemo enim inficiari unquam poterit catholicæ Ecclesiæ ejusque doctrinæ vim non solum æternam hominum salutem spectare, verum etiam prodesse temporali populorum bono, eorumque veræ prosperitati, ordini ac tranquillitati.*»

¿Quién podrá negar ese poder social y civilizador de la Iglesia? ¡La Religion! ¡La Religion! exclama hace poco un eminente hombre de estado (1) *es la vida de la humanidad en todos los tiempos y paises, excepto algunos dias de crisis terribles y vergonzosas decadencias.* La Religion para contener ó calmar la ambicion humana, la Religion para sostenernos ó mitigar nuestros dolores, los de nuestra condicion ó los de nuestra alma. Que la política, ni aun la más justa y fuerte, no se crea capaz de poder conseguir sin la Religion semejante obra. *Cuanta mas vida y extension tenga el movimiento social, menos bastará la política para dirigir á la humanidad. Es preciso para eso un poder más alto que los poderes de la tierra, perspectivas más extensas que las de la vida.*

De modo que el Padre Santo, despues de haber recordado la benéfica

(1) M. Guizot.

influencia de la Religion en el órden temporal, proclama de nuevo el acuerdo, tantas veces afirmado por él, que existe entre la fe y la razon, y el mútuo auxilio que, en las miras de la Providencia, están llamadas á prestarse mútuamente. «Así, dice, como la Iglesia sostiene á la sociedad, así también la verdad divina sostiene á la ciencia humana; ella afirma el terreno bajo sus piés, é impidiéndola extraviarse favorece sus progresos. *Et humanarum quoque scientiarum progressui ac soliditati.*»

¡Oid bien esas palabras, vosotros los que tratais vanamente de erigir á la ciencia en antagonistas de la fe! El jefe de la Iglesia no teme á la ciencia: la ama, la preconiza y recuerda que las verdades cristianas sirven para sus progresos y solidez. Y lo mismo creían los más ilustres sábios que ha habido en el mundo, Leibnitz, Newton, Kepier, Copérnico, Pascal, Descartes, junto á los cuales nuestros sábios, si no les ciega el orgullo, deben sentirse bien pequeños.

Eso es, dice el Papa, lo que la historia de todos los tiempos demuestra con irrecusable evidencia: *Veluti sacræ ac profanæ historiæ annales splendidissimis factis clare aperte ostendunt.* Y ese es el sentido de la tan conocida sentencia de Bacon: «Poca ciencia aparta de la Religion; mucha ciencia atrae á ella.» La ciencia, en efecto, llevada á su mayor altura, abraza todo el conjunto de verdades y descubre el órden total.

La presuntuosa ignorancia ó las pasiones ciegas de nuestra época pueden ignorarlo; pero los más grandes

talentos han reconocido siempre ese acuerdo entre la fe y la ciencia, esa armonía entre la Iglesia y la sociedad y rechazado ese antagonismo de reciente fecha, contrario á los testimonios de la historia y á los intereses de la verdad.

Pero no demos en este punto, señores, motivo á ataques por expresiones equívocas. ¿Cómo se arregla la Iglesia para trasformar las sociedades? La historia responde, y sólo la prevención puede imaginar aquí ni aún fantasmas de ataques á las libertades legítimas de la inteligencia humana. El Concilio de Roma será el XIX Concilio general, y los 40 ó 50 pueblos que en él estarán representados han sido convertidos todos del mismo modo, es decir, traídos de la barbarie á la civilizacion por la virtud de los Sacramentos, por la enseñanza de los pastores, por el ejemplo de los santos; tales son los caminos de Dios y la acción de la Iglesia, secundados á veces, combatidos con más frecuencia por los poderes humanos.

(Se continuará.)

NOTICIAS RELIGIOSAS.

ROMA.—FIESTAS DE PASCUA.—Las fiestas de Navidad se han celebrado este año, como de costumbre, con gran pompa y solemnidad, en medio de la más perfecta tranquilidad y de un inmenso concurso de fieles. El Papa asistió el 24 en la capilla Sixtina á la Misa de la media noche. Á la mañana siguiente Pio IX



celebró Misa solemne en la Basílica de San Pedro, con todo el esplendor de la corte pontificia, y en medio de una inmensa muchedumbre de romanos y extranjeros. La carta á que nos referimos añade:

«Nada dirémos de los detalles de una ceremonia cuya magnificencia y hermosura tantas veces se ha descrito, y á la cual no es posible asistir sin sentirse maravillado y conmovido hasta el fondo del alma. Dirémos solamente, que la voz del Sumo Pontífice era fuerte y hermosa, resonando más sonora que nunca y llenando las vastas naves de la inmensa Basílica. Es imposible describir el efecto que produjo en los asistentes el admirable canto del Prefacio. La voz vibrante del Papa era como un esfuerzo sublime del alma, que deseaba traspasar las bóvedas del templo, atravesar el espacio de los cielos y penetrar hasta el trono de Dios.

«Al responder el Papa á los Cardenales que le felicitaron despues, habló de los graves peligros que amenazan al poder temporal, y de los esfuerzos intentados para obtener de la Santa Sede concesiones á que no puede acceder, y á que no accederá jamás. Siempre se encontrará en el Papa la más inquebrantable firmeza para defender la Iglesia, y suceda lo que suceda, *non possumus*, que no solamente es suyo, sino de todos sus gloriosos predecesores en la Cátedra de Pedro, será siempre el mismo. Esta maravillosa é inquebrantable energía en el bondadoso y dulce Pio IX, es una cosa que admira y que prueba, hasta la eviencia, que en el alma

del Sumo Pontífice reina una fuerza sobrenatural.»

Otra carta de Roma, fecha 27 de Diciembre, dice que el Papa, con motivo de la fiesta del Santo de su nombre, S. Juan Evangelista, se dignó recibir las felicitaciones del ejército. Al discurso del general Kanz' er, respondió el Papa con una breve alocucion, en que habló de los deberes del soldado, y comentó el pasaje de la Escritura sobre la conversion del Centurion. La correspondencia á que nos referimos, añade:

«En la noche del 26 hubo ejercicios militares debajo de los balcones del Vaticano, en la plaza de S. Pedro y en el pátio de Belvedere. Los zuavos, que llevaban linternas de color en el cabo del fusil. dibujaron los más preciosos arabescos, formando escudos y describiendo las alabanzas de Pio IX; todo lo cual era de bellissimo efecto. El Papa se presentó en el balcon que dá á la inmensa plaza de la Basílica y todos los zuavos doblaron la rodilla. Las músicas entonaron himnos, y el Papa dió su bendicion.»

La Unidad Católica en España.

O SEA REFUTACION

de la Reverente Carta que el presbítero Don Victor Paniagua y Castuera, dirigió al Señor Ministro de Gracia y Justicia, pidiendo la libertad de cultos en interés de la Religion, por

D. JOAQUIN TORRES ASENSIO,

presbítero, Cañonigo del Sacro-Monte de Granada. Personas muy respetables creen conveniente que circule mucho esta Refutacion, se servirán pedidos al precio de 2 rs. ó 4 sellos por ejemplar. Los pedidos á la librería de Zamora en Granada

Imp. de Gullon é hijo, P.ª la Constitucion, 3.